

"Espiritualidad de la conciencia colectiva."

"Nuevo Mundo" Madrid, 6 diciembre 1915)



EN la tarde del día 22 de Noviembre último se reunió en el Senado la minoría conservadora. El Sr. Sánchez de Toca, el más intelectual y, al parecer, el más inteligente de esa minoría, dió una nota oficiosa de lo tratado en la reunión, en la que, entre otras cosas, se decía que «la reforma constitucional que ahora más importa á los españoles es la interna de su mentalidad y ética ciudadana», y que «el vigor ó la degradación de su regencia de Gobierno depende, ante todo, de los estados de espiritualidad de la conciencia colectiva».

¡Reforma interna de la mentalidad ciudadana! ¡Espiritualidad de la conciencia colectiva! ¡A qué sonaría esto en una reunión de senadores conservadores? No parece que nuestras clases senatoriales y conservadoras se hayan preocupado mucho de la mentalidad ciudadana.

¡La mentalidad! Cuando oímos decir á los unos que la división en lucha es de ricos y pobres; á otros, que es de buenos y malos ó de justos é injustos, pensamos que la verdadera división es en inteligentes y no inteligentes, ó más bien hombres preocupados de inteligencia é intelectualidad y hombres que no lo están; hombres que se esfuerzan por pensar, por investigar con sentido propio, y hombres que se atienen á lo ya pensado y descansan sobre los dogmas, declarados, incommovibles, del sentido común. Para estos segundos, lo más revolucionario es lo que les rompe sus hábitos, no ya de pensar, sino de aplicar rutinariamente lo ya pensado.

«Espiritualidad de la conciencia colectiva». ¡Hay que verla en estos trágicos días de prueba nacional, y hay que verla, sobre todo, en esos Cuerpos legisladores! El espíritu es lo que menos aparece. Y hay que verla en las clases que se llaman á sí mismas conservadoras, en los hombres sedicentes de orden.

Cuentan los tres Evangelios sinópticos (v. Mateo, VIII, 23-27; Marcos, IV, 37-41; Lucas, VIII, 23-25) que estando el Cristo dormido dentro de una barca, se levantó una gran tormenta, y que entonces sus discípulos, despavoridos, se fueron á él, diciéndole: «¡Maestro, Maestro, sálvanos, que perecemos!»; y el Maestro aplacó la furia de los elementos desencadenados y les dijo á sus discípulos: «¿Por qué teméis, hombres de poca fe? ¿qué es de vuestra fe?» Y los discípulos se maravillaron, diciéndose: «¿qué hombre es éste que aun los vientos y el mar le obedecen?»

A nuestras clases conservadoras, las que se llaman á sí mismas de orden — cuando no superiores, teniendo por inferiores á las otras —, les tiene aterrada la tormenta social que ven formarse en el horizonte de la patria, y todo se les vuelve pedir socorro. Y el Maestro, si despertase, podría decirles: «¿por qué teméis, hombres de poca fe?» Pero no es al Maestro que dijo eso á quien invocan; no es al Maestro cuyo reino no era de este mundo; no es al Maestro que fué ajusticiado por los hombres de orden, por los conservado-



res — tales eran los saduceos y escribas y pontífices de su tiempo y país, con Anás y Caifás á la cabeza—, y lo fué por antipatriota, por perturbador del orden; porque provocaba el que los romanos quitaran el lugar y nación judíos (v. Juan, XI, 48).

¡Hombres de poca fe! ¡Sí; hombres de poca fe en ese orden que no se les cae de la boca, invocándolo á todo instante y venga ó no á cuento! *Orden* es para ellos una palabra mágica y casi misteriosa, un sortilegio, un prestigio. «Orden!, ¡orden!», y creen haberlo dicho todo. Y no saben que hay muchos órdenes y unos contrarios de otros. Un orden es empezar por la a y, siguiendo por nuestro alfabeto, acabar por la zeda; y otro orden, tan orden, es empezar por la zeda y, en serie inversa, acabar por la a. Un orden es ir de mayor á menor, de más viejo á más joven, y otro orden, tan ordenado como éste, es ir de menor á mayor ó de más joven á más viejo.

¡Hombres de poca fe! Su abatida mentalidad — abatida por el miedo que abate á los flacos y endebles de mente — les hace ver peligros en todas partes.

Si la reforma constitucional que ahora más importa á los españoles, es la interna de su mentalidad y ética ciudadanas; pero no nos parece que sean los venerables abuelos del Senado, acostumbrados á discurrir sobre la trillada rodera tradicional y, más que á discurrir, á hacer que se aplique lo ya discurrido, no nos parece que sea á esos reverendos abuelos á los que tal reforma puede encomendarse.

El terror á pensar, á escogitar soluciones, á volverse á plantear, y en nuevos términos, los problemas de siempre, ese terror es lo que caracteriza á nuestros dirigentes todos. Todos ellos están henchidos de miedo. «¿Qué va á pasar aquí?», se dicen. Tiemblan como azogados ante lo que llaman un salto en las tinieblas. Y no saben que lo más tenebroso es el miedo al salto.

¿Cuándo se han cuidado nuestras clases directoras de dar espiritualidad á la conciencia colectiva? De la materialidad, no de la espiritualidad, se han cuidado. Su orden, el orden que invocan, es un orden material, eso que se dice que restablece la Guardia civil, y no el orden espiritual. Les ha preocupado siempre más la legalidad, que es material, que no la justicia, que es espiritual. ¡Y en cuanto á la mentalidad...!

Un terrible orden, un orden que implica una cierta selección, ha ido apartando de la dirección de los negocios públicos á los hombres de mentalidad más íntima y creadora, de sentido más propio, y ha asentado en ella, en esa dirección, á los de mentalidad más pegadiza y conservadora, á los de sentido más común, á los más ramplones, en fin. Porque la ramplonería ha sido la señal de predestinación á la preeminencia pública, pero una ramplonería vistosa y decorativa. Y así han hecho un yermo en las alturas.

Miguel de Unamuno

